

*Relecturas*

# Las batallas en el desierto

Ignacio Solares

*La entrañable y nostálgica novela de José Emilio Pacheco es sin lugar a dudas una de las obras narrativas más importantes de la literatura mexicana de los últimos tiempos. En este texto, Ignacio Solares aborda la novela de Pacheco desde la perspectiva gozosa y celebratoria de la relectura.*

El año pasado —olvido imperdonable— cumplió veinticinco años de su primera edición una de las novelas más significativas y bellas de nuestra literatura: *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco.

Como los seres vivos, las novelas crecen y, a menudo, envejecen y mueren. Las que sobreviven cambian de piel y de ser, como las serpientes y los gusanos que se vuelven mariposas. Tal es el caso de *Las batallas en el desierto*.

Su estilo —lo que podríamos llamar la malicia de su estilo— está siempre tan vivo en cada lectura o relectura, es de tan fresco colorido y naturalidad que, precisamente, sorprende con ojos de asombro al coleccionista que mira a la mariposa salir de su crisálida, por más que haya observado ese hecho insólito infinidad de veces con anterioridad.

Además, releída hoy, parece acentuarse —y confirmarse— su profecía devastadora sobre nuestra ciudad. Visión inmaterial, puramente literaria, huidiza como el azogue y, sin embargo, esencialmente real, humana y palpable. Prisma a través del cual el narrador cuenta su historia de amor y frustración y muestra el mundo horroroso —pero tan fascinante— en el cual todo sucede y en donde él queda atrapado sin remedio. Porque bajo su apariencia racional, toda novela domicilia ma-

teriales que proceden de los fondos más secretos de la personalidad de su autor. A ese involucramiento total del creador en el acto de inventar, debe la literatura su perennidad: las obsesiones que acosan a los poetas suelen ser más perdurables que los otros accidentes de sus biografías, y resultan de lo más catártico para sus lectores. Antes, mucho antes de que existieran los psicoanalistas y los psiquiatras, quizás antes aun de que lo hicieran los brujos y los magos, ya la poesía y las ficciones ayudaban a los hombres (sin que lo sospecharan) a coexistir mejor entre ellos mismos y, sobre todo, a volver un poco más soportable el misterio (el Misterio) que los rodeaba.

Desde sus primeros textos, la visión del mundo de Pacheco ha sido la devastación. “Nada altera el desastre”, decía ya en *El reposo del fuego*. Devastación que no termina en la amargura, como podría esperarse, sino en el asombro (el asombro del coleccionista que mira, una y otra vez, a la mariposa salir de su crisálida). Hay que ver la cantidad de personajes infantiles que habitan las novelas, los cuentos y los poemas de Pacheco. Y el asombro, lo sabemos, es esencialmente una condición infantil. El asombro del niño que aprehende el mundo —su mundo— al mismo tiempo que lo mira derrumbarse.

## En buena medida, la devastación que nos muestra Pacheco es la devastación *muy concreta*, detalle tras detalle, de nuestro propio mundo, del mundo de cada uno de sus lectores.

Nos dice en *Los elementos de la noche*:

El día en que cumpliste nueve años levantaste en la playa un castillo de arena (...). A menudo regresas a la playa, intentas encontrar restos de aquel castillo. Acusan al flujo y al reflujo de su demolición. Pero no son culpables las mareas: bien sabes que alguien lo abolió a patadas —pero algún día el mar volverá a edificarlo.

Los poetas en general han sido, son y seguirán siendo unos inconformes irredentos. Ninguno que esté satisfecho con la vida, tal cual es, será capaz de escribir poemas, dramas, cuentos o novelas que merezcan este nombre. Ninguno que esté de acuerdo con la realidad que habita acometerá esa empresa desatinada y fatal: la invención de realidades verbales.

Porque la vocación literaria nace del desacuerdo de un hombre con el mundo y sus dioses, de la intuición y comprobación de sus deficiencias, de sus equívocos, de sus carencias y de sus absurdos. Por lo demás, ¿alguien osaría poner en duda que esa avispa, que no cesa de zumbar en la oreja del gran elefante social, político o eclesiástico, que jamás se cansa de clavarle su aguijón, sea, después de todo, saludable para el equilibrio del mundo? Ésta, me parece, es quizás una de las más importantes funciones de la literatura: recordar a los hombres que por más firme que parezca el suelo que pisan y por más radiante que luzca el sol que los ilumina, hay demonios escondidos por todas partes que pueden, en cualquier momento, provocar una hecatombe.

En *Las batallas en el desierto* —que de alguna manera continúa la línea ya trazada en *El viento distante* y *El principio del placer*— el desastre afecta muy especialmente a quienes lo compartimos con su autor: *aquella* colonia Roma, *aquella* escuela, *aquel* cine Balmori, *aquellos* libros, *aquel* imposible primer amor infantil. Ese mismo “átomo del inmenso mundo, dispuesto muchos años antes de mi nacimiento como una escenografía para mi representación”, nos dice Pacheco. Derrumbe no sólo exterior, sino también interior, reflejo uno del otro: “Enamorarse sabiendo que todo está perdido y no hay ninguna esperanza”. Porque para el amor infantil,

como para toda ilusión infantil, no puede haber esperanza. Ya se encargará el “inmenso mundo” de demostrárselo, de “abolirlo a patadas”.

Puede ayudarnos en nuestro psicoanálisis esta lectura. ¿Por qué nos duele tanto el recuerdo? En buena medida, la devastación que nos muestra Pacheco es la



José Emilio Pacheco

## En este sentido Pacheco puede estar tranquilo, porque no hay duda: en *Las batallas en el desierto* habita el fuego.

devastación *muy concreta*, detalle tras detalle, de nuestro propio mundo, del mundo de cada uno de sus lectores. Las ilusiones imposibles y absurdas que nos daban vueltas en la cabeza mientras jugábamos en el Parque México con carritos de madera. ¿Te acuerdas? ¿Cómo podía ser reconciliable una cosa con otra? Ya no se trata sólo de leer una novela, sino de acceder (¿masoquistamente?) al recuento de todos aquellos sueños, cosas, marcas comerciales, símbolos, que se han ido junto con nosotros y que no volverán jamás. El tiempo acaba con

todo y a nosotros nos vuelve sombras fantasmales. “Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror, quién puede tener nostalgia”.

Y, sin embargo, el libro es pura nostalgia. Y esa nostalgia aumenta —horror— al comparar *aquella* ciudad con la mucho menos habitable que padecemos en la actualidad. En realidad, aquella Ciudad de México ya sólo es el libro mismo, está dentro del libro mismo. ¿En dónde más podría estar?

Para quienes la literatura merece considerarse como una conquista verbal de la realidad, no hay mejor posesión de la cosa misma que su lectura. Así, sólo la literatura es capaz de impregnar a ciertas ciudades, y recubrirlas, con una pátina de mitología y de imágenes más resistentes, mucho más resistentes al paso de los años, que su propia arquitectura y su historia “real”, tal como sucede con *Las batallas en el desierto*: la mejor forma de acceder a la Ciudad de México de esos años. Y ello se debe a la poesía que, desde las primeras líneas logra transmitirnos una realidad atroz pero suspendida y sutil. Ahí, aun la materia en descomposición de “ese horror” parecería, sin embargo, haberse contaminado de cierta idealidad y estar disolviéndose íntimamente, con la misma calidad evasiva que la luz, que la pasión por la luz. Porque, Pacheco lo sabe, a pesar de su visión devastadora, quizás haya aún algo rescatable. Nos dice en un poema de *Islas a la deriva* —y que es mi predilecto:

En la madera que se resuelve en chispa y llamarada  
luego en silencio y humo que se pierde  
miraste deshacerse con sigiloso estruendo tu vida.  
Y te preguntaste si habría dado calor  
si conoció alguna de las formas del fuego  
si llegó a arder e iluminar con su llama.  
De otra manera todo habrá sido en vano.  
Humo y ceniza no serán perdonados  
pues no pudieron contra la oscuridad  
—tal leña que arde en una estancia desierta  
o en una cueva que sólo habitan los muertos.

Por lo pronto, en este sentido Pacheco puede estar tranquilo, porque no hay duda: en *Las batallas en el desierto* habita el fuego. [■]

